

Merold Wesphal. **GOD, GUILT AND DEATH. An Existential Phenomenology of Religion.** Bloomington: Indiana University Press, 1984.

Este libro es parte de la colección de **Studies in Phenomenology and Existential Philosophy**, cuyo editor general es el conocido fenomenólogo norteamericano James Edie y cuyos editores asociados constituyen el "róster" del "who's who" de la Fenomenología en los Estados Unidos: entre ellos, David Carr, Roderick Chisholm, Hubert Dreyfus, Dagfin Føllesdal, Don Ihde, Maurice Natanson, Herbert Spiegelberg....

Se trata, pues, de un ensayo cuyo acercamiento al tema religioso no es ni veritativo ("¿Qué criterios de verdad pueden garantizar la autenticidad de una experiencia religiosa?"), ni psicológico, ni sociológico ("¿De qué modo es la conducta religiosa reducible a....?"). La filosofía ciertamente tiene una tarea frente a la experiencia religiosa, además de pasar juicio veritativo (como lo hicieron Kant, Hume, Nietzsche, Marx, entre otros). Tal es la tarea del fenomenólogo que se pregunta por el sentido de dicha experiencia - esto es, no como un hecho observable "desde afuera", sino como una posible experiencia humana, en su definición en cuanto tal.

De este modo nos podemos desentender del problema tradicional de la existencia de Dios para plantearnos más bien el modo como Dios se define en su presentación dentro de la experiencia humana.

Dicha tarea descriptiva no pretende ser explicativa. En este punto Westphal recuerda la tradición iniciada con Dilthey, que luego se confirma en Wittgenstein, Ryle y Van der Leeuw, en que se distingue entre las explicaciones causales de la ciencia y las "asociaciones significativas" del que busca entender las actividades humanas. Los hombres no actúan según causas naturales, sino motivados por unas intenciones personales y unas circunstancias constituidas por elementos significativos. Es en este sentido que entonces una fenomenología de la religión deberá ser descriptiva.

El estudio de Westphal así se incorpora como un tercer esfuerzo dentro de una corriente que cuenta con otros dos componentes, Van der Leeuw y Paul Ricoeur. Comparado con éstos, Westphal resulta más liviano en su exposición y más claro en la organización del su material. Este estudio resulta ser también más pedagógico, cuando el autor se detiene a explicar las referencias obligadas a los filósofos y estudiosos del pasado.

La discusión del sentimiento de culpabilidad de Westphal merece nuestra atención. Tanto en Freud como en Nietzsche y Max Scheler la culpabilidad lleva a forjar máscaras para un rechazo a la percepción de la propia inferioridad o aún de la propia culpabilidad. Así por ejemplo el predicador de clase social pobre se regocijará en el poder despreciar los miembros de las clases privilegiadas so pretexto de una denuncia de su inmoralidad y pecado. Del mismo modo el encarcelado denunciará los vicios de la policía o las inmoralidades del juez, desplazando el foco de atención lejos de su propia culpabilidad.

Pero los análisis anteriores presumen que ya sabemos lo que es la culpabilidad. Tal análisis fue el que hizo Sartre en *El ser y la nada*, por ejemplo. Allí él narra cómo alguien puede estar en un hotel atisbando por la mirilla de la llave de una puerta, (o, para los efectos, escuchando una conversación por micrófonos secretos instalados en la habitación) y no sentir culpabilidad hasta que no sienta venir por el pasillo a alguien que a su vez lo convierta, de observador, en observado. La culpabilidad aquí se define como un sentimiento social, antes que personal.

El sentimiento de culpabilidad nos refiere, como en Dostoievskii (ver, v.g. *Apuntes del subsuelo*, Bruguera, 1980), a un sentido del valor personal, de lo que cada cuál puede sentir que se merece, algo que no es posible sin "la mirada del Otro". Para Freud y Nietzsche la culpabilidad es un mecanismo en que se pervierte el movimiento espontáneo de la agresión. En Nietzsche se trata de una máscara con que se intenta ejercer poder sobre otro; en Freud, por una autocensura del deseo de también intervenir con el otro.

Para Freud, la culpabilidad es un modo con que reorientamos nuestra agresividad hacia nosotros mismos, como una forma en que nos controlamos mediante el super-yo, o la figura internalizada de los padres. Para Nietzsche la culpabilidad es otro modo más de subvertir los verdaderos valores de este mundo frente a los supuestos valores superiores de "otro" mundo supraterrrenal. El proponer la idea de un Dios cruel, justiciero y vengador implica un descenso en la autoestima del ser humano.

No hay duda que en Freud y Nietzsche encontramos la descripción admirable de unas concepciones del cristianismo que son de veras inaceptables, en cuanto representan falsamente la verdad evangélica de la nueva relación del hombre a Dios según fuera instituída en Cristo. No obstante, todavía hoy día en los sectores supuestamente más sanos del cristianismo, como el catolicismo, el luteranismo, el anglicanismo y las iglesias denominadas evangélicas, se pueden encontrar grandes grupos de ministros y seguidores que practican ese tipo de religiosidad neurótica que se nutre del resentimiento, del miedo y la culpabilidad. Son los que por ejemplo confunden la anorexia y la penitencia con la auténtica disciplina del que lucha y coopera con Cristo por la llegada del Reino a este mundo; son los que confunden la obsesión neurasténica con la verdadera vida de oración.

Así proliferan también los que predicán más la rebaja en autoestima del ser humano, antes que la dimensión de lo sagrado en su verdadero carácter evangélico, en que Cristo no es tanto juez, cuanto amigo, apoyo, compañero, esperanza de lo mejor. (p.89)

Las anteriores reflexiones recuerdan los trabajos de varios teólogos católicos que prepararon el camino para las deliberaciones del Concilio Vaticano II: Schillebeeckx; Rahner; Chenu; Daniélou; Thils; Congar; además de los trabajos del Pontificio Instituto Bíblico. También recuerdan el pensamiento más reciente de los llamados teólogos de la liberación, como Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff.

El análisis de Westphal, sin embargo, no es teológico; es filosófico. Como apuntado antes, se trata de un ejercicio de fenomenología.

Y al examinar la noción de culpabilidad y sacralidad en su naturaleza de experiencias vividas, notamos que ambas van siempre unidas a un tercer término, el de la muerte como horizonte-límite de nuestra existencia. De nuevo es Dostoievskii, quien revela con mayor definición este hecho, según Westphal, en la narración sobre la muerte de Iván Illich. Para Iván la muerte significó el caer en cuenta de que todo lo que había hecho en vida era en realidad sólo un gran juego, un jugar continuo a fin de echar a un lado el hecho del horizonte-marco que era su muerte, para su vida. Al momento de morir Iván se dio cuenta de que su vida tenía tanto peso como el de las margaritas de los campos, que un día florecen para luego desaparecer.

Al ver la mentira de toda su vida (el haber vivido como si su vida fuera importante y para siempre) Iván, dice Dostoievskii, sintió vergüenza, por haber engañado a su familia y conocidos. Esa vergüenza, nos dice Westphal, fue un modo de sentirse culpable en el sentido más sano del término. Iván Illich entonces convocó a todos alrededor de su lecho de muerte y les pidió perdón. De ese modo murió conciliado consigo mismo y con sus allegados.

Esa es la función de la religiosidad: el conciliarnos con el mundo, con los demás, con nosotros mismos.

Westphal procede entonces al análisis de una tipología tripartita de las religiones. Clasifica las religiones pasadas y presentes según los esquemas con que relacionan a los hombres al hecho de su finitud. Clasifica así las distintas religiosidades en miméticas, exílicas y testamentarias. Al finalizar la lectura de este libro, el lector descubrirá que su sentido de lo sagrado se habrá enriquecido.

Carlos J. Ramos Mattei

Universidad de Puerto Rico

Ponce